

(Publicado en *El País*, 19-X-2013)

TRIBUNA

El tigre que nunca debió salir de su jaula

El gobierno catalán está cabalgando ahora a la fiera que él mismo liberó

Gabriel Tortella

¿Qué pasa en Cataluña? Y ¿por qué lo que pasa, pasa ahora? ¿Qué consecuencias tendrá? Yo creo que estas preguntas están en la mente de muchos, de los que no vivimos allí y, estoy seguro, también de la mayoría de los que viven allí. Lo que siguen son unas conjeturas basadas en la lectura de la prensa, de algunas conversaciones y de un simple ejercicio de unir los puntos del rompecabezas.

En Cataluña hay un sustrato de mal encaje con el resto de España, en parte en virtud de unos episodios históricos, muy lejanos y yertos, pero que siempre pueden recalentarse con mucha guindilla para excitar al personal. En parte también, por el indudable *fet diferencial* del idioma catalán. Este tema no tiene por qué plantear graves problemas, pero también puede especirse y agitarse para enardecer a las masas. Hay también en Cataluña una vaga frustración, y unos celos violentos por no ser *el centro de España* y porque el idioma catalán tenga un relieve insignificante comparado con el castellano. Pero estos hechos están ahí y nunca van a desaparecer; son motivo de fricciones (Azaña decía que el problema de Cataluña hay que conllevarlo; yo añadiría que todos los españoles, catalanes y no catalanes, debemos conllevarnos los unos a los otros), pero, desde luego, no justifican el separatismo: la incomodidad no es opresión; el que los ricos paguen más impuestos que los pobres no es expolio; *fets diferencials* los hay por todas partes: entre la Alemania danubiana y la báltica, entre la Francia mediterránea y Alsacia, hay tanta diferencia como puede haber entre las diferentes regiones españolas. Y no hablemos de Italia. El conllevarnos los unos a los otros ha sido la norma en la historia de España y debemos reconocer que nunca nos había ido tan bien como estas últimas décadas. ¿Entonces por qué este *crescendo* del paroxismo separatista?

El nacionalismo ha adoctrinado a la población para mantener su poder

Es muy sencillo: desde la asunción del poder por Jordi Pujol y su partido, el gobierno catalán ha llevado a cabo una labor de adoctrinamiento de la población que no podía sino surtir sus efectos. Los instrumentos utilizados han sido todos los resortes de Estado, pero sobre todo la educación y los medios de difusión. Se ha difundido entre la población catalana, desde la escuela primaria hasta la prensa y la televisión, una versión deformada y victimista de la historia, repleta de falsedades, como que en 1714 se hubiera aplastado a una nación catalana que luchaba por su independencia, que un ejército de ocupación hubiera impuesto una explotación inicua, que se hubiera sometido a Cataluña a un expolio sistemático y de larga duración. Lo del expolio casa muy mal con el impresionante despegue económico del Principado desde que fue sometido a "opresión", despegue que lo colocó a la cabeza del resto de España en el palmarés económico, donde se ha mantenido por dos siglos, justo hasta que Jordi Pujol asumió la presidencia. La trascendencia de la derrota de 1714 tampoco concuerda con que todos

aquellos hechos de resistencia heroica no volvieran apenas a ser recordados hasta finales del siglo XIX.

La razón de este adoctrinamiento sistemático también es simple: el nacionalismo lo necesita para mantenerse en el poder. Todos los nacionalismos necesitan mitos, es decir, historias más o menos falseadas, para justificarse. El franquismo, versión extrema del nacionalismo español, también propalaba una versión maniquea de la historia de España en que los demócratas eran los malos y los autoritarios los buenos. Tenía no uno, sino muchos enemigos exteriores, que servían como cabezas de turco a las que achacar la raíz de todos los problemas: el comunismo, el socialismo, el liberalismo, la URSS, Inglaterra, etc. Para los nacionalistas catalanes basta con un solo enemigo: España, causa de todos los males, y que es, curiosamente, la nación de la que forma parte Cataluña desde 1479 nada menos.

El franquismo logró a la larga lo contrario de lo que perseguía: desprestigió al nacionalismo español hasta extremos insospechados al tiempo que, correlativamente, acreditaba a los nacionalismos periféricos. Ello explica la indiferencia, o incluso la simpatía con la que el conjunto de la población española ha considerado a estos nacionalismos periféricos, y la pasividad irresponsable con la que los gobiernos de la democracia han tolerado las continuas violaciones de la legalidad vigente perpetradas por los nacionalistas catalanes, repetidamente denunciadas por los catalanes no nacionalistas y condenadas por los tribunales.

Cataluña es la región peor gobernada de España según la Unión Europea

¿Por qué ahora? Las razones también son muy claras: hace ya una generación y media que la población catalana, especialmente los niños, han sido sometidos al bombardeo mental incesante de la salmodia nacionalista: aquellos niños son ya adultos enardecidos por la "opresión", el "expolio", la "incomprensión", etc. Por eso durante estas décadas la fracción de los catalanes partidarios de la independencia ha subido como la espuma, desde cifras muy pequeñas hacia 1980. Ahora bien, como ocurría en el franquismo, la ineficacia política y la corrupción de los gobiernos nacionalistas resultaban demasiado evidentes. Según una reciente investigación de la Unión Europea, Cataluña es la región peor gobernada de España. No tiene que sorprendernos: Jordi Pujol ya nos dio una muestra de incompetencia en la gestión de Banca Catalana, y también de la utilidad de involucrase en la *senyera* para evitar las consecuencias. De igual modo, la pésima gestión de los gobiernos nacionalistas se oculta hoy tras un telón de retórica antiespañola. Los nacionalistas han endeudado a Cataluña hasta bordear la bancarrota; la corrupción es flagrante y omnipresente; pero la culpa de todo la tienen España y, especialmente, Madrid. La crisis lo ha precipitado todo: se va a Madrid a pedir ayuda con amenazas. Como dicen en México, "limosnero y con garrote". Pero Madrid no puede asumir los enormes compromisos que se le exigen. En vista de esto, se cumplen las amenazas, y *es tira per el dret*, que equivale a *liarse la manta a la cabeza*.

Se pide la independencia sin ambages. La población ya está acondicionada y así se olvida de las realidades económicas, que además se atribuyen, cómo no, a Madrid y a España. Cataluña será independiente y un

nuevo estado en la Unión Europea. Pero como toda esta política independentista está basada en la improvisación y los arrebatos, ahora descubre la *Generalitat* que lo que se le había advertido era verdad; los tratados son muy claros: salir de España es salir de la UE, siendo el reingreso problemático y, que, en el mejor de los casos, tardaría muchos años. La huida hacia adelante ha conducido al nacionalismo a un callejón sin salida. Tiene que volver al odiado Madrid a pedir que le saque del atolladero. Esto es muy difícil, porque hace falta mucho dinero y entre tanto a la población, enfervorizada por las promesas a plazo, no se la puede acallar. El año 2014 está a la vuelta de la esquina y todo el movimiento independentista no va a comprender un frenazo en la recta final. El gobierno catalán está cabalgando el tigre que él mismo sacó de la jaula.

Es difícil prever qué pueda suceder en el futuro; pero lo que es seguro es que, si el gobierno español hubiera aplicado con rigor la legislación vigente, el tigre seguiría enjaulado.

Gabriel Tortella es profesor emérito de Historia Económica en la Universidad de Alcalá.

(Publicado en *El País*, 26-X-2013)

TRIBUNA

Todo vale contra el catalanismo

La realidad que se soslaya es la sentencia del Constitucional que laminó el Estatuto

Borja de Riquer / Joaquim Albareda Salvadó

Nos ha sorprendido desagradablemente el artículo de Gabriel Tortella *El tigre que nunca debió salir de la jaula*, publicado en EL PAÍS el pasado día 19, porque creíamos que el autor era un académico que acostumbraba a documentar sus planteamientos. En este caso no es así, ya que al tono excitado de todo el texto se une una serie de aseveraciones históricas y políticas sesgadas e incluso erróneas.

La tesis central del artículo es que todo lo que está pasando en Cataluña responde básicamente a una maniobra perversa del nacionalismo catalán que, alimentado por la frustración, por “celos violentos” y porque, a su juicio, el catalán tiene un relieve insignificante, durante los últimos decenios se ha dedicado al “adoctrinamiento masivo y sistemático” tanto en el conjunto de aparato educativo como desde los medios de difusión. El resultado ha sido un “bombardeo mental incesante” que ha logrado “enardecer las masas” y crear un ambiente de “paroxismo separatista”. Para llegar a estas rotundas “conjeturas”, el autor reconoce que sus fuentes informativas han sido la prensa y algunas conversaciones. Si sus fuentes de información fundamentales solo han sido los “plurales” medios de comunicación de Madrid y alguna tertulia de café, apañados estamos. ¿Cómo es que teniendo familiares, amigos y colegas en Barcelona no se informa directamente y mejor antes de escribir? ¿Ha hablado con algunos maestros y profesores de Cataluña, ha consultado los libros de texto que se utilizan allá —que son los mismos que en toda España—?

Es falso que el recuerdo de la derrota 1714 no aparezca hasta finales del siglo XIX

A lo largo del artículo sostiene de forma reiterada que los historiadores catalanes estamos ofreciendo una interpretación histórica llena de falsedades, de versiones deformadas y victimistas. Y para demostrarlo evoca el episodio de la derrota militar catalana de 1714 y afirma que es falso que los catalanes defendieran entonces una nación. Para empezar, un impreso de 1714, *Lealtad catalana*, afirmaba que “Solo las resoluciones que se toman en Cortes de un reino o provincia son las que se atribuyen a la nación (...) [...]la nación que solo se representa en sus Brazos unidos (...) [...]toda la nación catalana, junta en los Brazos resolvió el defenderse por el rey en cuyo dominio estaba”. Dejando al margen el debate sobre el concepto que entonces se tenía de lo que era una “nación”, lo que sí es históricamente irrefutable es que las instituciones catalanas lucharon por salvaguardar sus Constituciones, su sistema representativo y por las libertades de toda España, frente a la imposición de un modelo de Estado absolutista que acabó con la monarquía plural de los Austrias. Lo cierto es que Cataluña perdió entonces su estructura jurídico-política secular cimentada en las Cortes y en las Constituciones y que

con la Nueva Planta se impuso un sistema absolutista, centralista y militarizado que eliminó los cauces de participación política.

Además, es falso que el recuerdo de la derrota de 1714 no aparezca hasta finales del siglo XIX. Solo un desconocedor de la historia puede ignorar no solo las continuas referencias a este episodio que ya aparecen en diversos textos a lo largo del siglo XVIII, al tiempo que las libertades perdidas fueron invocadas reiteradamente en protestas y en memoriales reivindicando el sistema representativo municipal liquidado en 1714 (como en el Memorial de 1760 a Carlos III) y en las intervenciones de parlamentarios catalanes en las Cortes de Cádiz (Capmany, Aner, Dou, etcétera), en las del trienio 1820-1823, en las del Estatuto Real, en las constituyentes de 1837 y posteriormente en los discursos de numerosos parlamentarios catalanes de diversas adscripciones políticas.

Identificar la unión de coronas de 1479 —el matrimonio de los Reyes Católicos— con la creación de la “nación española”, como lo hace Tortella, responde a un planteamiento de carácter esencialista totalmente desacreditado en los ámbitos científicos internacionales. Como es sabido, de la unión de coronas surgió una monarquía compuesta que mantenía el ordenamiento jurídico político de los dos bloques: la Corona de Castilla y la Corona de Aragón. Por otra parte, la idea de la “conllevancia” con la cuestión catalana no es de Manuel Azaña, sino de un discurso parlamentario de José Ortega y Gasset en 1932.

La idea de encerrar al tigre separatista recuerda a la retórica franquista

La metáfora del tigre y la jaula rezuma autoritarismo antidemocrático y evoca el malhadado “justo derecho de conquista” de Felipe V. Eso de volver a encerrar en la jaula al tigre separatista recuerda demasiado a la retórica franquista para ser de recibo. ¿Creen realmente los demócratas españoles que el actual problema catalán se resuelve a base de jaulas?

Todo vale con tal de no atender a una realidad que se soslaya reiteradamente en el artículo, lo que ha pasado los últimos 10 años: sentencia del Tribunal Constitucional que laminó el Estatuto refrendado y aprobado por el Parlament y las Cortes y liquidó el espíritu de entendimiento de 1978; incumplimiento sistemático por parte del Gobierno de Madrid de las inversiones previstas en ese Estatuto, etcétera, etcétera; y que, a consecuencia de todo ello, hoy la mayoría de los catalanes sea partidaria de ejercer el derecho a decidir. Apelar a la corrupción, ampliamente extendida por toda España, o a la muy discutible gestión del Gobierno actual de CiU, no constituye ningún argumento válido a la hora de analizar el incremento del soberanismo y aún menos para menospreciarlo.

En suma, nos parece que el artículo adolece de basarse en unas supuestas teorías conspirativas y en negarse a conocer la realidad de la situación catalana. Venga usted a Barcelona, hable con la gente y después opine. No lo haga de oídas y sin rigor. Y, por favor, no intoxique más el ambiente mediático con metáforas impropias de un demócrata.

Borja de Riquer es catedrático de Historia Contemporánea (UAB) y **Joaquim Albareda** es catedrático de Historia Moderna (UPF).

(*El País*, 29-X-2013)
CARTAS AL DIRECTOR
¿Vale todo por el catalanismo?
Gabriel Tortella

Me refiero al artículo de los profesores de Riquer y Albareda en estas páginas (26 de octubre de 2013) sobre otro mío anterior (16 de octubre de 2013). No es cosa de aburrir a los lectores con querellas de historiadores. Arrieritos somos... Pero no me parece bien acusarme de “tono excitado” y de hacer “aseveraciones sesgadas e incluso erróneas” para luego atribuirme afirmaciones que, sencillamente, no están en el artículo, como que “los historiadores catalanes estamos ofreciendo una interpretación histórica llena de falsedades”. Tampoco he dicho que “el catalán tiene un relieve insignificante” sin más, sino “comparado con el castellano”, ni he hablado del “tigre separatista”, como los profesores afirman, acusándome seguidamente de utilizar “retórica franquista”. Quizá no estén excitados, pero prodigan lindezas a discreción: además de todo lo anterior, me acusan de intoxicar, de emplear “metáforas impropias de un demócrata”, de faltar al rigor, de no estar documentado, de basarme “en unas supuestas teorías conspirativas”, de negarme “a conocer la realidad de la situación catalana”...

Como digo, los temas de discusión son largos y complejos, y tratados como se merecen ya no tienen cabida en artículos de opinión de un diario. Solo quiero referirme a una afirmación de los profesores: atribuir la actual marea separatista a que el Tribunal Constitucional “laminó” el tercer Estatut y a una cuestión de inversiones, olvidando el inusitado origen de ese Estatut (“apoyaré el texto que me presente el Parlamento de Cataluña”) y el escaso apoyo popular que obtuvo (35% del censo), me parece, por no emplear un tono excitado, poco convincente.— **Gabriel Tortella.**

(Publicado en *El País*, 14-XI-2013)

TRIBUNA

CATALUÑA Y LA PASIÓN POR LA CAUSA

Cuando la historia se pone al servicio del nacionalismo, pierde credibilidad

Guillermo Pérez Sarrión

Decía Ranke, creo recordar, que el objeto de la investigación histórica es llegar a conocer los hechos tal como fueron. Ya sabemos que eso es, en su literalidad, imposible: pero el trabajo del historiador consiste en acercarse el máximo y además colocar los hechos en un contexto que permita entender lo que realmente pasó.

El artículo de Gabriel Tortella sobre el nacionalismo catalán (*El País*, 19-X-2013) ha tenido una algo airada respuesta de Joaquim Albareda y Borja de Riquer (*El País*, 26-X-2013) en la que los segundos en algunos asuntos dicen cosas razonables, pero en general es difícil que convenzan a nadie que no sea nacionalista. El interés del artículo de Tortella está en que refleja un estado de opinión muy difundido que quienes le responden creo que no han sabido captar.

Tortella argumenta que el nacionalismo catalán ha crecido como resultado de un plan de adoctrinamiento de la Generalitat, y que en ese plan la interpretación sesgada de la historia de Cataluña ha tenido un papel importante. Creo que tiene toda la razón, pero no entraré a polemizar sobre la primera parte, ese plan cuya obviedad es indiscutible, para centrarme en la segunda parte, la interpretación sesgada de la historia por los historiadores nacionalistas. Y lo hago con propósito cívico, en la convicción, tan ingenua como importante: si los historiadores no son capaces de discutir entre sí sobre el pasado con argumentos no pueden exigir a la clase política que lo haga, como sucede.

La historiografía nacionalista catalana que yo alcanzo a conocer y leer adolece de algunos defectos de credibilidad, de los cuales el primero y más importante es el vaciado metodológico, que, aplicado a Cataluña, consiste en defender la idea de que los hechos del pasado catalán sólo son explicables en virtud de factores que operan desde dentro de su comunidad política, y que acaban en ella misma, prescindiendo de todo lo demás. Si como sencillo ejemplo aplicamos esto a uno de los mitos nacionalistas: la derrota de 1714 y la pérdida de los fueros, encontramos que el propio Joaquim Albareda titula un reciente (e interesante) libro suyo *La Guerra de Sucesión*, como si realmente lo que contiene fuera la guerra, y sólo eso. Todos saben, y el autor también, que fue una guerra internacional, una guerra dinástica, y una guerra civil, pero en el libro la guerra se presenta como un enfrentamiento entre Cataluña y el resto de España. Y visto así, sin más, esto simplemente no es cierto: el contexto es fundamental para entender los hechos narrados, y si se prescinde del contexto, éstos no se entienden.

La aplicación, con frecuencia (pero no siempre) inconsciente, del vaciado metodológico, tiene otra consecuencia, la imposibilidad de comprender los hechos económicos. El mercado nacional se creó en el siglo XIX y para ello ya en el siglo XVIII se estuvieron creando regiones

económicas, cuyo ámbito territorial no coincidía con los reinos y principados históricos, lo que origina el problema de que o se deja de hacer historia exclusivamente regional o no se puede dar cuenta cabal de todo esto. En el siglo XVIII en Cataluña se estaba creando una región económica que se fue extendiendo por Aragón y a fines de siglo llegaba a Navarra; además las redes mercantiles de catalanes se extendieron imparables por todo el interior peninsular. Aquí, o se hace historia de España, o nada cuadra. Tortella, refiriéndose al siglo XVIII, menciona el "impresionante despegue económico del Principado (...) que lo colocó a la cabeza del resto de España en el palmarés económico (...)", sin embargo el nacionalismo historiográfico catalán da por sentado definitivamente que los Borbones perjudicaron a Cataluña. Pero entonces, ¿por qué les fue tan bien en lo económico?. Eso se pregunta Tortella y me pregunto yo también...

La respuesta es simple: por un lado la expansión económica catalana en el siglo XVIII no puede explicarse sólo teniendo en cuenta las transformaciones económicas del interior del Principado; y por otro, en realidad los catalanes resultaron privilegiados por la nueva monarquía. El rey suprimió casi totalmente las aduanas interiores (lo que permitió colocar los productos catalanes en el interior peninsular con menos costes), creó en Cataluña un impuesto directo y moderno, el catastro, que por su forma de recaudación resultó en una baja presión fiscal, menor que en el resto de España, que además disminuyó con el tiempo, y que encima, por el fraude, fue menor aún en las áreas y sectores que más crecían: la protoindustria y el comercio. Esto lo demostró Emiliano Fernández de Pinedo hace años en un artículo que, en lo poco que sé, la historiografía nacionalista no ha tenido en cuenta para seguir sosteniendo lo contrario. El rey además contribuyó decisivamente al aumento de la productividad laboral en Cataluña (y no en la de otras regiones) interviniendo ante el Papa para reducir el gran número de días festivos existente, como atestiguan ilustrados como Rodríguez Campomanes. Hay otros factores a favor, que no detallo para no alargar el texto. Estas ideas han sido muy poco resaltadas, cuando no ignoradas. El mito de la opresión de los Borbones hacia Cataluña, como un mantra eterno, subsiste.

Los historiadores nacionalistas han de decidir si quieren convencer

Si esta idea, que el nacionalismo historiográfico daba por cierta, hoy ya no puede sostenerse, cabe preguntarse si no hay otras que también se deben cuestionar. Puede que los fueros no se vieran sólo como libertades, sino también y sobre todo como privilegios estamentales, y que el rey pensara que los catalanes, que le habían jurado fidelidad en cortes de 1702, le habían sido desleales en 1705, el peor pecado de los súbditos hacia su rey. No estaba contra los fueros porque sí: los del País Vasco y Navarra no se suprimieron.

Cuando la profesión se pone al servicio de una causa, en este caso el nacionalismo catalán, se pierde credibilidad. Los historiadores que así proceden tendrán que pensar que los otros, los que no lo son, no tienen los prejuicios asociados a tal posición política, y no se dejarán convencer fácilmente por una historiografía militante que sigue sosteniendo ideas que hoy la historiografía general considera parciales, mal contextualizadas o simplemente erróneas. Los historiadores nacionalistas deben decidir si

quieren escribir para los convencidos o por el contrario convencer a los que les lean, sean quienes sean. Y para ello deberían empezar por negarse a colaborar en congresos pretendidamente profesionales como el próximo titulado "España contra Cataluña: una mirada histórica (1714-2014)," en el cual, según el folleto convocante, se "analizarán las condiciones de opresión nacional que ha padecido el pueblo catalán a lo largo de estos siglos, las cuales han impedido el pleno desarrollo político, social, cultural y económico". Un congreso compuesto sólo por historiadores catalanes, cuyos resultados están predeterminados siguiendo la peor práctica profesional posible, y que pone la investigación histórica al servicio de la actual estrategia política de CiU y el sector nacionalista del PSC. Desde esas premisas no se pueden analizar los hechos tal como fueron, como pedía Leopold von Ranke; ni siquiera se pretende tal cosa. Tortella en general tiene razón y su opinión es compartida por muchos otros historiadores que ven que en la historia de Cataluña, al menos en estos casos, sobra vaciado metodológico y pasión por la causa.

Guillermo Pérez Sarrión
catedrático de historia moderna
Universidad de Zaragoza

Autor de *La península comercial*, Marcial Pons, Madrid 2012, premio
Jaume Vicens Vives de la Asociación Española de Historia Económica, 2013.

(*El País*, viernes 22-XI-2013)

CARTAS AL DIRECTOR

Sobre historiadores nacionalistas

Joaquim Albareda / Borja de Riquer Barcelona

Guillermo Pérez Sarrión, en su artículo *Cataluña y la pasión por la causa* (14 de noviembre de 2013), sostiene que los historiadores catalanes elaboramos una historia nacionalista y sesgada. Faltaría ver qué entiende él por “historiografía nacionalista” y si, dado que hace extensiva esa calificación al colectivo, eso permite, recíprocamente, hablar de la historiografía nacionalista española en la que podría incluirse él mismo. La canción es vieja y cargada de tópicos: solo suena a modernidad lo que tiene que ver con el Estado-nación español. En consecuencia, las Constituciones catalanas (no “fueros”, como dice Pérez Sarrión) solo podían ser privilegios estamentales, sin apreciar que si ponían límites al poder del rey, a la fiscalidad y a la movilización para la guerra, no hay duda que también beneficiaban a amplios segmentos de la población. Claro que para poder asumir este punto de vista no coincidente con la versión oficial es preciso conocer realmente la historia de Cataluña e interpretarla sin prejuicios. Lo mismo podemos decir sobre el crecimiento económico catalán del XVIII que, a su juicio, fue posible gracias al nuevo régimen borbónico.

Hay que explicar las cosas claramente: en 1700 ya estaban sentadas las bases del futuro crecimiento gracias a una economía orientada a la especialización y al intercambio. El catastro borbónico acabó sumándose a las contribuciones existentes, sin sustituirlas, y reportó grandes ingresos a la corona, además de alimentar la corrupción facilitada por la venta de cargos municipales. Por otra parte, la afirmación de que “los catalanes resultaron privilegiados por la nueva monarquía” suena a *boutade*, si no fuera una visión histórica sesgada, atendiendo a la represión brutal que Felipe V ejerció contra ellos y sus instituciones. Nos recuerda aquella tesis de la “beneficiosa” modernización del franquismo, en la que los enormes costes políticos, sociales y culturales no eran contemplados. Claro que es preciso el diálogo entre historiadores: pero antes hay que estar dispuesto a no hacer generalizaciones gratuitas, atender al punto de vista del otro y, tal vez, matizar la versión oficial aceptando que hubo vías distintas de desarrollo político y económico en los territorios de la monarquía hispánica que configuraron mentalidades y proyectos diferentes de los hegemónicos. Pero esta, a la par que el reconocimiento de la realidad plurinacional, es la gran asignatura pendiente en España. Y así nos va.

Por cierto: ninguno de los dos participamos en el congreso España contra Cataluña. Esperamos que Pérez Sarrión nos perdone tamaña incongruencia.— **Joaquim Albareda y Borja de Riquer.**

(El País, 25-XI-2013)



(*El País*, 29-XI-2013)

CARTAS AL DIRECTOR

Historiadores

Fernando Andrés Robres Madrid

Con relación a la controversia De Riquer — Albareda / Pérez Sarrión, me duele ver enfrentados a colegas a quienes admiro: es otra de las consecuencias del desgraciado proceso que vivimos. Los historiadores son sabedores de la complejidad de los procesos históricos. La Guerra de Sucesión fue infinitamente rica en matices: por haber hubo hasta catalanes partidarios de Felipe V e indecisos, y desde luego muchos más dispuestos a colaborar con la nueva dinastía. Como con el franquismo. Como es normal en contextos alambicados, aunque la dictadura lo fuese menos. En todo caso, que un encuentro que se pretende riguroso pueda llevar por título *España contra Cataluña* sonroja. Compañeros historiadores catalanes: por favor, no se presten a ese juego: les necesitamos.— **Fernando Andrés Robres**. Catedrático de Historia Moderna.